



Llamas

“Debe examinarse empezando por la cabeza y seguir examinando el cuello, tronco y remos, porque de no hacerlo así, todo es mirar el caballo por una y otra parte sin fijarse en nada.” (Benito Torres)

EL CABALLO ESPAÑOL: EL CUELLO Y LA CRUZ

Extracto del libro *Éste es el Caballo Español*
de Juan Llamas Perdigó

EL CUELLO

Los grandes herbívoros suelen tener una longitud de cuello proporcional a la de sus extremidades. Ese cuello ha de servir a dos propósitos fundamentales: permitir que la boca llegue al suelo, para comer y beber, permaneciendo el animal de pie, y ayudar a desplazar su centro de gravedad, no sólo en sus evoluciones hacia adelante, hacia atrás o a los lados, sino también en sus transiciones de velocidad.

El caballo, como gran herbívoro, debe tener un cuello largo para poder comer de pie. En otro caso no podría estar presto a la huida puesto que, a causa de la rigidez de su tronco, no le daría tiempo a levantarse y salir galopando ante el eventual ataque de un depredador.

Las vértebras del cuello del caballo

El cuello del caballo tiene siete vértebras. Están imbricadas de tal manera que el caballo puede relajar todos los músculos del cuello y, en ciertos casos, dormir de pie sin que la cabeza se le caiga. A ello le

ayuda el ligamento o cuerda cervical, de un tejido fibroso de la máxima resistencia.

Merecen mencionarse las dos primeras vértebras, el atlas y el axis, porque poseen un juego de mayor amplitud que las demás.

La primera de ellas, **el atlas**, permite que el caballo pueda mover la cabeza arriba y abajo, sin necesidad de tener que mover ninguna de las otras seis vértebras. La segunda, **el axis**, proporciona al caballo la facultad de girar su cabeza a derecha e izquierda, sin necesitar mover ninguna otra vértebra.

El caballo español, siempre que no tenga otros impedimentos –cuello recto, “cuello de ciervo”, garganta empastada, mandíbulas muy cerradas o ausencia de depresión parotídea– goza casi siempre de una gran facilidad, muy conveniente en la doma, para colocar su cabeza en la vertical, debido a la flexibilidad de la articulación del atlas con la cabeza, muy superior a otras razas. A este respecto observa Gómez Lama que “*el cuello de ciervo le impide ya a un caballo llamarse español*”.





Corrección casi absoluta, a falta de menos crinera

La longitud correcta del cuello

La longitud del cuello está en íntima relación con la longitud de sus vértebras cervicales. Casi siempre un cuello largo coincide con una cruz retrasada, unas espaldas con vocación de horizontalidad y un dorso corto. Por el contrario, un cuello corto suele ir acompañado de unas espaldas verticales y un dorso largo.

¿Cuál debe ser la longitud correcta del cuello de un caballo? Ya hemos visto que para él, para su vida en libertad, el cuello debe permitirle beber y comer de pie. Los antiguos observaban a los caballos en estos menesteres, desechando a aquellos animales que necesitaban doblar las rodillas, señal evidente de que el cuello era corto.

El cuello del caballo de silla

Cuando el caballo debe ser usado por el hombre, los criterios sobre su longitud y conformación pueden variar de los que estableció la naturaleza, en función de las exigencias de su utilización. En cada raza, el cuello ha tomado la conformación que ha

interesado al hombre en virtud de una selección de siglos con vistas a una utilización determinada.

En general, un caballo de silla “trabaja” su cuello girándolo a uno y otro lado en sus cambios de dirección, y encogiéndolo y alargándolo no sólo al variar su centro de gravedad hacia adelante o hacia atrás, sino también “tirando” de toda la masa. Lo hace sobre todo en el paso y en el galope, pues es bien sabido que el trote es el único aire —si no se alarga o acorta— en que el jinete puede conservar siempre las riendas con la misma longitud.

En el caballo de silla, la longitud y volumen de su cuello debe ir acorde con su alzada y su masa. Un **cuello corto** y pesado no ayuda suficientemente a trasladar el centro de gravedad del caballo en sus evoluciones y lo hace menos ágil y menos rápido. Como casi siempre coincide con espaldas verticales, produce un tranco más corto. El cuello corto reacciona a las riendas de modo basto, sin delicadeza, por lo que sobra el jinete con tacto en sus manos. En el caso contrario, un **cuello** muy **largo** y delgado, sin musculatura, llega fácilmente





Esa tabla musculada indica que está bien entrenado

al cansancio y no colaboraría entonces con sus movimientos al impulso hacia adelante producido por el tercio posterior. El jinete se encuentra con una difícil coordinación, y ha de manejar las riendas con dulzura, pero con gestos muy amplios.

El cuello del caballo árabe responde plenamente a la utilización que se ha hecho de él: avanzar, avanzar a través del desierto, sin más —ni menos— exigencias que rusticidad, resistencia y buenos cascos. Nunca se le pidieron transiciones, ni piruetas, ni levadas. Nunca necesitó un cuello de cierto volumen que ayudara a todo el cuerpo a trasladar su centro de gravedad. Sus magníficos posteriores se vieron ayudados en su acción de ganar terreno por un cuello ligero y una cabeza pequeña, que aligeraron de peso al tercio anterior.

El pura sangre inglés es un longilíneo cuya obligación no es otra que correr más deprisa que los demás. La resistencia dejó paso a la velocidad. Su cuello largo y delgado libera de un peso excesivo a unos miembros anteriores que han de soportarlo, y ayuda, estirándose y encogiéndose, a conseguir una mayor velocidad.

El cuello del caballo español

El cuello del caballo español tiene sus características propias. No son otras que las que necesita un caballo al que siempre se le exigió poder trabajar muy reunido, presto para dar en cualquier momento un arreón, realizar piruetas y medias piruetas, y parar

haciendo raya. Ese necesario y maravilloso equilibrio tiene que ser ayudado por un cuello que colabore, cuanto más mejor, a los cambios de traslación del centro de gravedad. No puede ser un cuello corto y grueso, ni delgado y largo. Debe tener una longitud adecuada y un volumen correcto.

Los españoles hemos conseguido, a través de los siglos, el mejor cuello para la doma. Veamos cómo lo describía el marqués de Arellano:

“... alto y proporcionado a la talla, elevándose desde su nacimiento, y con disminución en lo grueso hasta la cabeza, para cubrir con ella la mayor parte del cuerpo del jinete.”

Con este cuello alto y curvado, y con una cabeza que puede colocarse naturalmente en la vertical, nacen ya los potros españoles, con una colocación que en otras razas costará años de doma.



Caballo encapotado, por la mala colocación de los brazos del jinete



Con aquellas frases gráficas del siglo XVI, Pedro de Aguilar definía así lo que para él era un buen cuello:

“... han de ser enhiestos y descargados de delante, teniendo el cuello ancho en el nacimiento, y delgado junto a la cabeza, y que les salga del pecho y no de la aguja, porque lo tengan enarcado y bien formado y bien engallado.”

Delgado junto a la cabeza... Esto quiere decir una garganta descargada, buen vehículo para que por ella circulen sin dificultad la comida, el agua y el aire, y que permita colocar la cabeza en la vertical.

Vistos de perfil, hay cuellos cuyo gáznate —es decir, todo su borde inferior— parece nacer de entre las manos. Estéticamente dejan a los caballos sin distinción. Naciendo tan abajo contribuyen a un diámetro excesivo, que recarga de un peso innecesario el tercio anterior, y dificulta las flexiones laterales correctas, propias de los caballos cuyos cuellos

Quizás el
cuello es
algo corto

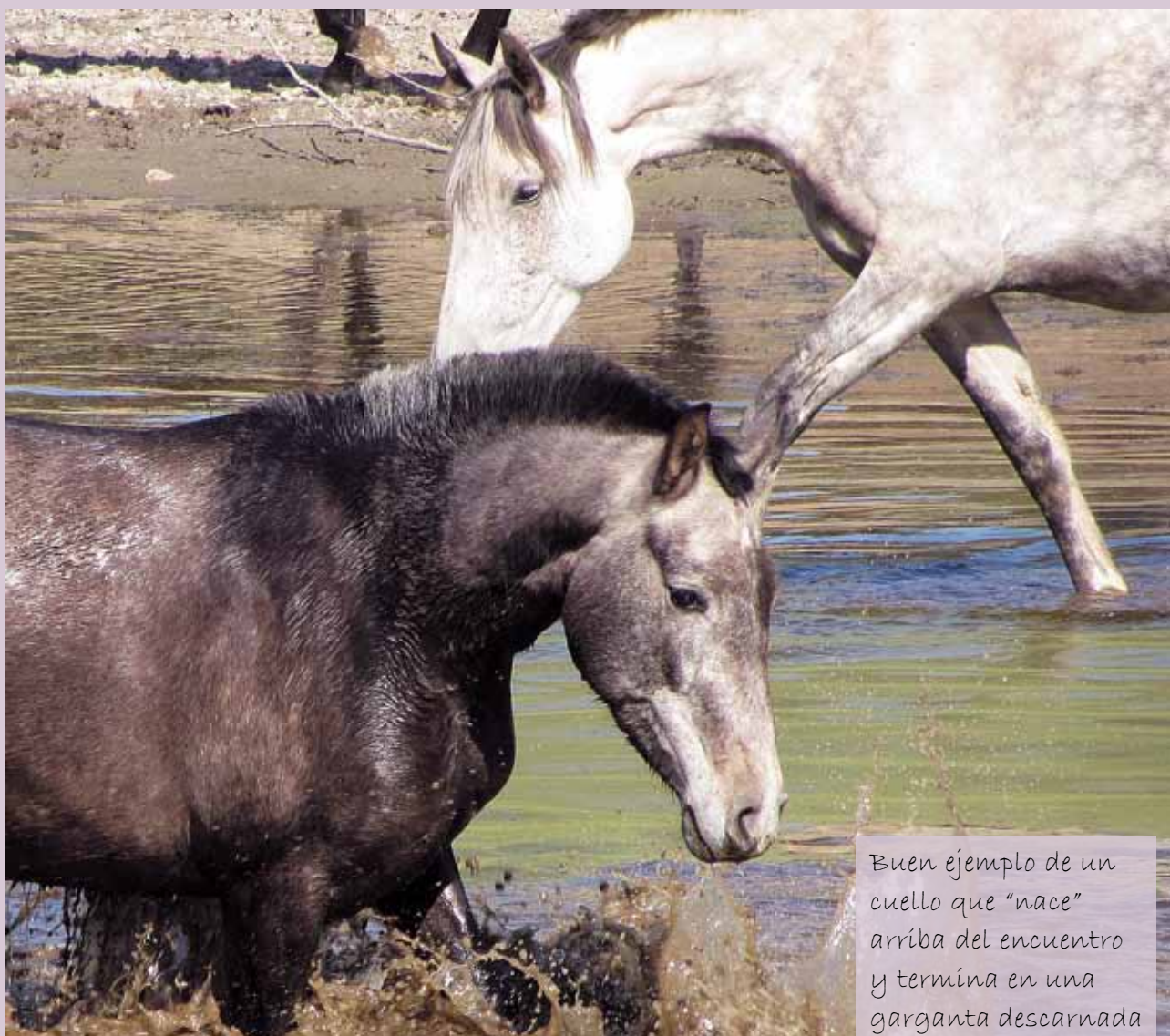


El perfil
inferior del
cuello es
convexo



nacen destacándose limpiamente por encima de las espaldas y los encuentros.

Es muy interesante la observación de Pedro de Aguilar de que los cuellos deben ser descargados de delante. Un exceso de masa en el gáznate suele dar al cuello un perfil inferior convexo, con gran facilidad para



Buen ejemplo de un
cuello que “nace”
arriba del encuentro
y termina en una
garganta descarnada





desapar. Es el peor y más desagradable de todos los cuellos, son caballos que dan tirones de la cabeza hacia arriba y, su nuca, en movimientos desordenados, llega sin obstáculos a la cara del jinete. Esos golpes han producido más de una rotura de tabique nasal, y uno así me rompió las gafas.

Un buen cuello empieza su curva en la nuca y termina en un suave cambio antes

de la cruz. Hay cuellos tan gruesos que parecen nacer en el dorso, tapando la cruz. Ese volumen exagerado da espectacularidad al caballo, pero lo rinde inútil para cualquier trabajo en que se exija algo de velocidad.

El “gato”. Por qué existe en el caballo español

La **crinera** -o cerviz- ocupa el borde superior del cuello y está limitada, en su parte inferior, por la depresión que la separa de las tablas. Esa crinera es, con frecuencia, excesivamente gruesa en el Caballo Español, constituyendo un defecto al que llamamos “gato”.

El **índice de transmisibilidad** del “gato” parece ser alto, aunque no hay estadísticas fiables. Los hijos de caballos con “gato” lo tienen con frecuencia, aunque no sabemos en qué grado influyen también la misma vida sedentaria y la misma alimentación exagerada de sus padres. Se observan muy pocos casos en yegadas criadas en régimen de explotación extensiva, en las que los potros viven, hasta lo más tarde posible, en completa libertad, sin ansias, por parte de su dueño, de conseguir la precocidad necesaria para ganar un premio en las secciones de uno o dos años en concursos o campeonatos morfológicos.

Las dos **tablas del cuello** –entre la crinera y la gotera yugular– tienen una configuración perfectamente delimitada. En su parte superior nacen cerca de la nuca, y continúan siguiendo una línea casi paralela al borde superior del cuello hasta su terminación cerca de la cruz. En los caballos españoles con “gato” acusado, la depresión que separa la crinera de las tablas nace, como en todos, cerca de la nuca, pero luego toma una línea descendente que se va alejando del borde superior del cuello. La crinera tiene más altura y, al andar el caballo, se bambolea esa masa de grasa. En los casos graves la crinera acaba por tumbarse, normalmente al lado en que caen las crines, calificándose este defecto como **“gato vencido”**. Los potros de tres años con este defecto quedan inhabilitados como reproductores.

Un ligamento muy fuerte recorre toda la línea superior del caballo. La parte comprendida entre la nuca y la cruz se denomina **ligamento funicular** y también **cuerda cervical**, porque está formada por dos bandas juntas que adoptan la forma de una cuerda. Juega un papel importante en el soporte del peso de la cabeza y en los movimientos de extensión y contracción del cuello. En los caballos con “gato vencido” esta cuerda da la impresión de haber perdido su elasticidad, de haber dado de sí.

Según Gómez Lama,

“... se trata de una lesión deformativa cuya causa es una parálisis muscular que se origina en uno de los lados.

Como consecuencia de la flacidez y falta de movimiento que se producen, tiende a depositarse en mayor o menor extensión más cantidad de tejido adiposo que la normal, lo que determina en último extremo la caída hacia un lado del borde superior del cuello.”

Su corrección con el trabajo:

el “gato vencido” puede desaparecer con el trabajo. He visto un caballo con este problema manifiesto que, después de pasarse el invierno corriendo liebres, tenía el cuello como una piedra. Y otro caballo con problemas derivados



Gato incipiente



de un cuello blando que hoy día, a base de trabajo, tiene un cuello duro y firme. No hay mejor remedio, en la mayoría de los casos, que el ejercicio, preferiblemente el galope largo, aire donde más trabaja el cuello.

El cuello como carácter sexual secundario

El cuello es uno de los caracteres sexuales secundarios más marcados, y nos va a dar en el macho un volumen y una majestuosidad que deriva de su aire de arrogancia y desafío.

A la **yegua** no podemos exigirle ese cuello, que debe ser en ella, por lo general, más delgado, menos curvado y con una colocación menos alta. En otro caso podríamos encontrarnos con problemas de fertilidad y con gestaciones problemáticas.

Hay gentes a quienes les encantan las yeguas con cuello de macho. Están en un completo error. El trabajo, al muscular el cuello, puede a veces enmascarar esta característica femenina. Recuerdo un caso en un Campeonato de España, cuando una magnífica yegua nos pareció a los jueces “machorra”. Tenía un importante, musculado, bello y altivo cuello de macho, que le hubiera restado puntos. Aquella musculación nos hizo preguntar a su presentador. Nos dijo que a yegua estaba perfectamente domada. Su trabajo diario le había configurado un cuello que en un principio nos había hecho dudar de su feminidad.

Las crines del caballo español

Las mejores crines son largas, pobladas y sedosas, en mayor grado en los machos que en las hembras. En el Caballo Español las crines suelen ocupar con frecuencia buena parte de la cruz.

A veces encontramos crines demasiado pobladas –el tupé también–, gruesas, y encrespadas hasta el punto de llegar a rizadas, que no se consideran correctas. Esas crines muy abundantes, ásperas y crespas podrían indicarnos unas gotas de sangre del Norte, sobre todo si van acompañadas de otros signos, como orejas anchas y cortas, un nacimiento demasiado bajo de la cola, cernejas que suben por la parte posterior de las cañas y un tronco cilíndrico. Por contra, a los caballos españoles que presumiblemente tienen alguna gota de árabe se les observa pobreza de cerdas en crines y cola.

La costumbre actual es que las crines caigan a la izquierda, aunque no siempre los Caballos Españoles han llevado sus crines en la tabla izquierda del cuello. Hubo sus modas. En el siglo XVII observamos la mayoría de las crines a la derecha. Lo atestiguan los caballos de “Las Lanzas” y los montados por Felipe III, Felipe IV, el Conde-Duque de Olivares, Margarita de



Cuello y cruz estupendos



Austria... A partir de entonces, hasta este siglo, no hay preferencias definidas. Los caballos de Carlos IV, de María Luisa y del garrochista, pintados por Goya, llevan las crines a la izquierda. En cambio, el de Fernando VII las lleva a la derecha.

Denominaciones de distintos tipos de cuello

Hay unas pocas denominaciones de cuellos que han sido definidas por todos los autores españoles, aunque éstos no coincidan en alguna de ellas.

Cuello de gallo o pichón: muy arqueado, es decir, muy arqueada la convexidad superior. Según Benito Torres, los caballos con este cuello son propensos a “encapotar”.

Cuello de cisne: muy curvado, largo y delgado. Benito Torres y Bibiano Aránguez recalcan una convexidad más acentuada en la parte del cuello más próxima a la cabeza. En el cisne esta parte toma una dirección descendente. En el caballo también, quedando más alta que la nuca.

Cuello de ciervo o cuello al revés: Es cóncavo en su borde superior y convexo en el inferior. A menudo va acompañado de una depresión en el borde superior, cerca de la cruz, que se llama “golpe de hacha”. Casi siempre se da en caballos con la cruz adelantada, y es ajeno a la raza.

LA CRUZ

“Han de ser altos de aguja...”
Pedro de Aguilar

La cruz recibe también —como en el toro— la denominación de **agujas**, y tiene su base anatómica en las apófisis —prolongaciones espinosas— de las primeras vértebras dorsales.

El posible **origen de su nombre** parece ser muy antiguo y provenir de que los caballos de capas claras primitivas —castaños claros, pardos y bayos— solían tener “raya de mulo” y “raya cruzada”. Si pudiéramos extender a nuestros pies una de estas



*Esa cabeza tan grande
y esa cruz inexistente
no dejan apreciar la
bondad del cuello*

pieles veríamos cómo, efectivamente, las dos rayas forman una cruz, estando el punto de intersección en la región así denominada. En cuanto a su denominación más castiza de agujas, debe provenir de que la forma puntiaguda de las apófisis mencionadas se asocia mentalmente a la de las agujas.

Cuándo comienza a destacarse: la cruz empieza a destacarse en los potros a partir del año, y sigue formándose hasta su completo desarrollo, siendo algo menos destacada en las hembras.

La buena cruz: una buena cruz es aquella que tiene una superficie suficiente como para permitir holgadamente la implantación de los músculos que contraen y extienden el cuello y las espaldas, y que intervienen también en el buen funcionamiento del dorso y del lomo.

Pero no todas las cruces tienen por qué ser iguales. La selección del caballo por el hombre ha ido buscando la cruz más conveniente para cada tipo de trabajo. Así, los caballos de tiro poseen una cruz musculada y poco destacada. Una cruz con esta conformación presta más atención a las espaldas y olvida la elevación del cuello, facilitando el arrastre con una posición baja del mismo. Entre los caballos de silla, el pura sangre inglés aparece con frecuencia con una cruz retrasada, destacada y afilada. Esta cruz, casi hueso y piel, con una utilización de muy breve tiempo —unos minutos en una carrera— no precisa de la protección de unos músculos que



eviten el roce de una silla durante muchas horas de trabajo. El caballo español, como un magnífico prototipo de caballo de silla de trabajo, forjó a través de los siglos la cruz más conveniente para un caballo que ha de tener la velocidad precisa para las faenas con el ganado bravo, la elasticidad en su cuello para que éste ayude a los continuos cambios de su centro de gravedad, y la resistencia para permanecer en el campo, con su jinete encima, sin parar un momento, de sol a sol. Una cruz demasiado alta sería inútil, por su facilidad para ser dañada por la silla y su incapacidad para un trabajo continuado. Una cruz demasiado baja restaría elasticidad a su cuello, sería un estorbo para su elevación e impediría a la silla mantenerse en su sitio, sin hacer de tope en sus desplazamientos hacia adelante.

Nuestros autores antiguos no estaban conformes con una cruz casi inexistente. Cubillo Pedía la cruz “*más bien alta que baja*”, y el marqués de Arellano la quería “*realzada, y que salga igual de las espaldas*”. Giles se extendía un poco más:

“Debe ser descarnada y de una elevación proporcionada, facilitando de este modo los movimientos de las espaldas, pues aumentando la fuerza de los músculos del dorso, el caballo marcha con brío y soltura. Cuando es baja se dice ‘bajo de agujas’; este defecto(...) impidiendo los movimientos de las espaldas hace que forje, sea terrero y se arruine con prontitud. Si es demasiado alta, se nombra ‘alto de agujas’; el caballo con esta conformación mueve los brazos con mucha gracia, pero se roza con facilidad”.

La cruz adelantada y la cruz retrasada: los exterioristas suelen dividir al caballo, para su estudio, en regiones que se estudian por separado. Estas regiones están muy relacionadas entre sí, condicionándose mutuamente en su forma, tamaño y modo de actuar.

Así, una cruz poco destacada, unida a un cuello corto, suele ir acompañada de un dorso largo. De ahí se derivan unas espaldas verticales, un tranco corto en sus anteriores, y una silla que se desplaza fácilmente hacia adelante, con el peligro de rozar



la cruz. Todo el tercio anterior ha de trabajar con menor fuerza y elasticidad, acusando en exceso el peso de un jinete que se sienta demasiado delante, a la vez que la escasa longitud del cuello impide una buena maniobrabilidad. Todas estas dificultades pueden verse acrecentadas si además el caballo es alto de grupa, volcando su peso en las manos.

Una cruz retrasada, en cambio, suele ir acompañada de un cuello de conveniente longitud, así como de un dorso corto y de una espalda que tiende a la horizontalidad. Este caballo podrá mover con soltura sus miembros anteriores, y todo el tercio anterior trabajará con menos esfuerzo, tanto si el caballo se mueve por sí solo como si va montado, puesto que en este último caso el peso del jinete queda situado razonablemente atrás.

